

actos feroces de Abul-Hassán, confundidos en uno solo y transportados al reinado de su hijo: los abencerrajes, partidarios de una sultana perseguida, una aventura amorosa atribuida primero a la hermana de Abul-Hassán, después a su mujer y por último a su nuera. Ginés Pérez no pudo aprovechar el libro de Mármol, que no se imprimió hasta el año 1600, pero pudo oír contar cosas parecidas a algún morisco viejo, y sobre ellas levantó la máquina caballerescas de la acusación y del desafío, que pudo tomar de cualquiera parte, pero a la cual logró dar cierta apariencia histórica, mezclando nombres de los más famosos en Murcia y Andalucía, y especialmente los del mariscal don Diego de Córdoba y don Alonso de Aguilar, de quienes vagamente se recordaba que el Rey de Granada les había otorgado campo para algún desafío.

De este modo se explican para mí lisa y llanamente los orígenes de esta famosa narración. Otras muchas cosas de las *Guerras Civiles de Granada* proceden de fuentes poéticas; ésta no. Entre los romances fronterizos, uno solo hay, el de «Ay de mi Alhama!» (de origen árabe, si hubiéramos de dar crédito a la declaración de Pérez de Hita), que alude rápidamente a la muerte de los abencerrajes, sin especificar la causa:

Mataste los Bencerrajes—que eran la flor de Granada.

Otros dos romances que trae el mismo Hita:

En las torres del Alhambra—sonaba gran vocerío...

Caballeros granadinos,—aunque moros hijosdalgo...

son composiciones modernas, y probablemente suyas, hechas para dar autoridad a su prosa (1).

La mayor originalidad del libro de Pérez de Hita consiste en ser una crónica novelesca de la conquista de Granada, tomándola, no desde el real de los cristianos, sino desde el campo musulmán y la ciudad cercada. La discordia interior está pintada con energía, y en el color local hay de todo: verdadero y falso. Los moros de Ginés Pérez de Hita, galantes, románticos y caballerescos, alanceadores de toros, jugadores de sortija, «blasonados de divisas como un libro de Saavedra» (2), según la chistosa expresión del Conde de Circourt, son convencionales en gran parte y no dejan de prestarse a la parodia y a la caricatura con sus zambras y saraos, sus marlotas y alquiceles, que allá se van con los cándidos pellicos y zamponas de los pastores de las églogas. Pero en la novedad de su primera aparición resultaban muy bizarros y galanes; respondían a una generosa idealización que el pueblo vencedor hacía de sus antiguos dominadores, precisamente cuando iban a desaparecer del suelo español las últimas reliquias de aquella raza. Moros más próximos a la verdad hubieran agradado menos, y el éxito coronó de tal modo el tipo creado por Ginés Pérez de Hita y por los autores de romances moriscos, que se impuso a la fantasía universal, y hoy mismo, a pesar de todos los trabajos de los arabistas, es todavía el único que conocen y aceptan las gentes de mundo y de cultura media en España y en Europa. Esos moros son los del *Romancero General*, los de las comedias de Lope de Vega y sus discípulos, los de *la fiesta de toros* de Moratín el padre (3), los de las novelas sentimentales de Mademoiselle de Scudéry (*Amahide*)

(1) Siguiendo fielmente la prosa de Hita se compusieron luego dos romances vulgares de *La gran Sultana*, que todavía venden los ciegos (ns. 1.208 y 1.209 del *Romancero* de Durán).

(2) *Histoire des Mores Mudejares et des Morisques ou des Arabes d'Espagne sous la domination des chrétiens*, por M. le Comte Albert de Circourt. París, 1846, t. III, p. 325.

(3) También el romance endecasílabo de su hijo D. Leandro sobre *La toma de Granada*, presentado a un concurso de la Academia Española en 1779, debe toda su erudición morisca a las *Guerras Civiles*, que el clásico Inarco leía con fruición cuando niño. «Libro deliciosísimo para mí», dice en unos apuntes autobiográficos.

y de Madame de Lafayette (*Zaïde*) (1), los del caballero Florián en su empalagoso y ridículo *Gonzalo de Córdoba*, los de Chateaubriand en el *Último Abencerraje* (2), los de Washington Irving en su crónica anovelada de la conquista de Granada (3), los de Martínez de la Rosa en *Doña Isabel de Solís* y en *Moraima* (4); son los moros de toda la literatura granadina anterior al poema de Zorrilla, donde la fantasía oriental toma otro rumbo, poco seguido después. Una obra como la de Hita, que con tal fuerza ha hablado a la imaginación de los hombres por más de tres centurias y ha trazado tal surco en la literatura universal, por fuerza ha de tener condiciones de primer orden. La vitalidad épica, que en muchas partes conserva; la hábil e ingeniosa mezcla de la poesía y de la prosa, que en otras novelas es tan violenta y aquí parece naturalísima; el prestigio de los nombres y de los recuerdos tradicionales, vivos aún en el corazón de nuestro pueblo; la creación de caracteres, si no muy variados, interesantes siempre y simpáticos; la animación, viveza y gracia de las descripciones, aunque no libres de cierta monotonía, así en lo bélico como en lo galante; la hidalguía y nobleza de los afectos; el espíritu de tolerancia y humanidad con los enemigos; la discreta cortesía de los razonamientos; lo abundante y pintoresco del estilo, hacen de las *Guerras Civiles de Granada* una de las lecturas más sabrosas que en nuestra literatura novelesca pueden encontrarse.

Pero sobre las excelencias de su dicción, más expresiva que correcta y limada (porque al fin Ginés Pérez no era un retórico, sino un pobre soldado de mucha fantasía y mucho sentido poético), conviene rectificar una creencia admitida muy de ligero y fundada en un error o más bien en una honesta superchería: «Una de las singularidades que más admiramos en Ginés Pérez de Hita (dice Aribau y han repetido otros) es que si se toma cualquier pasaje de su obra, nos parecerá escrito modernamente por una diestra pluma, después que el lenguaje ha participado del progreso de los conocimientos en materias ideológicas. Parece que adivinó el modo con que habían de hablar los españoles más de dos siglos después que él: rara palabra de las que usa se ha anticuado».

Hay una equivocación profunda en estas palabras del distinguido colector de los novelistas anteriores a Cervantes. Sin duda por no haber manejado ninguna edición

(1) Y de Mad. de Villedieu en sus *Aventures et galanteries granadines, divisées en cinq parties* (Lyon, 1711), que es en parte traducción y en parte imitación del libro de Pérez de Hita. Otras varias novelas del género granadino, compuestas por autores más o menos conocidos de los siglos XVII y XVIII, pueden verse extractadas en la *Bibliothèque universelle des romans*, que es el panteón de toda la novelística olvidada.

(2) No cabe duda que manejó las *Guerras Civiles*, puesto que de ellas imitó con bastante gracia el romance de *Abenámbar*, *Abenámbar-moro de la morería*.

(3) *A Chronicle of the Conquest of Granada. From the ms. of Fray Antonio Agapida. By Washington Irving*. París, Didot, 1829. 2 vols. Irving remedó a Pérez de Hita hasta en atribuir su crónica a un historiador fabuloso, como lo es el llamado Fr. Antonio Agapida.

De Walter-Scott se refiere que leyó en sus últimos años las *Guerras Civiles*, y que lamentaba no haberlas conocido antes para haber puesto en España la escena de alguna de sus novelas. El gran maestro de la novela histórica no podía menos de estimar a uno de sus predecesores más ilustres. Vid. Ferd. Denis, *Chroniques chevaleresques* (París, 1839), t. I, p. 323.

(4) En la advertencia que precede a *Moraima*, dice Martínez de la Rosa: «Compuse esta tragedia seis años después de *La viuda de Padilla*, y como menos mozo y más avisado, procuré escoger un argumento que ofreciese menos inconvenientes y que se brindase de mejor grado a una composición dramática. La casualidad también me favoreció en la elección: acababa de caer en mis manos, no sé cómo, un libro muy vulgar en España, pero que yo no había leído hasta entonces, la *Historia de las Guerras Civiles de Granada*, y bien fuera por lo extraño y curioso de la obra, bien por el interés que debía excitar en mí, ausente a la sazón de mi patria y con pocas esperanzas de volverla a ver, lo cierto es que la lectura de tal libro me cautivó mucho, y que tuve por buena dicha poder sacar de él un argumento, alusivo cabalmente a mi país natal y a propósito para presentarse en el teatro».

antigua de las *Guerras Civiles* cayó Aribau cándidamente en el lazo tendido por la experta mano del que cuidó de la reimpression hecha por Amarita en 1833, y fué según mis noticias D. Serafin Estebáñez Calderón. Es un texto el suyo completamente refundido y modernizado, sobre todo en la segunda parte, como ha advertido recientemente D. Rufino J. Cuervo (1). A esta versión así retocada, que es también la de la *Biblioteca de Autores Españoles*, le cuadran las palabras de Aribau; a la primitiva y auténtica no, porque Ginés Pérez peca muchas veces de desaliñado, y su estilo no es ni más ni menos moderno que el de cualquier contemporáneo suyo. Escriben en la excelente lengua de su tiempo, sin género de adivinación alguna.

La segunda parte carece del interés novelesco de la primera, y sin duda por eso fué reimpressa muy pocas veces y llegó a ser libro rarísimo (2). Las poéticas tradiciones de los últimos tiempos del reino de Granada tenía que interesar más que las atrocidades de una rebelión de salteadores, en que las represalias de los cristianos estuvieron a la altura de la ferocidad de los moriscos. Con ser tan grandes las cualidades de narrador en Ginés Pérez de Hita, tenía que perjudicarle la inferioridad de la materia. Además, los romances que esta segunda parte contiene, escritos casi todos por él mismo, son meras gacetas rimadas, que repiten sin ventaja alguna lo que está dicho mucho mejor en la prosa (3). Aun en ésta abusa demasiado de las arengas militares y no faltan

(1) *Bulletin Hispanique*, enero a mayo de 1903.

(2) Fué también menos imitada que la primera; pero además del espléndido drama de *El Tuzani* que inspiró a Calderón, todavía se encuentra su rastro en *Aben-Humeya*, excelente drama histórico de Martínez de la Rosa; en *La Alpujarra*, de Alarcón, y aun en *Los Montes de la Alpujarra*, tremebunda novela de D. Manuel Fernández y González.

(3) Hay que exceptuar dos o tres únicamente, el que comienza:

Las tremolantes banderas
Del grande Fajardo parten
Para las nevadas sierras
Y van camino de Oháñez,
¡Ay de Oháñez!... (Cap. X),

que tiene mucho ímpetu bélico y produce cierto efecto de tañido fúnebre con la repetición de las palabras finales, y el de la toma de Galera (cap. XXII), que no es de Pérez de Hita, sino de un amigo suyo, y conserva algunos felices rasgos del bellissimo romance popular de *El Conde Arnaldos*. Pero la joya poética de esta segunda parte son las proféticas y sombrías endechas que canta una mora delante de Aben Humeya, «haciendo un sonido sordo y melancólico con un plato de estaño» y cayendo muerta al terminar su lúgubre canción:

La sangre vertida
De mi triste padre
Causó que mi madre
Perdiese la vida.
Perdí mis hermanos
En batalla dura,
Porque la ventura
Fué de los cristianos.
Sola quedé, sola,
En la tierra ajena;
¡Ved si con tal pena
Me lleva la ola!
La ola del mal
Es la que me lleva
Y hace la prueba
De dolor mortal.
Dejadme llorar
La gran desventura
De esta guerra dura

Y muy doloridas,
Tus gentes llevadas
A tierras ajenas;
Metidas en hierros
Por sus grandes yerros
Pasarán mil penas.
No verán los hijos
Dónde están sus padres,
Y andarán las madres
Llenas de letijos,
Con eternos llantos
Muy descarriados
En sierras, collados,
Hallarán quebranto.
Y tú, don Fernando,
No verás los males
De los naturales
Que te están mirando;
Porque tus amigos

imitaciones, traídas con poco tino, de los poemas épicos de Virgilio y Ercilla (el combate de Dares y Entelo, la prueba del tronco); pero hay trozos bellísimos, como la patética historia del Tuzani de la Alpujarra, donde encontró Calderón el argumento de su drama *Amar después de la muerte*. Por lo ameno y florido, el primer libro de las *Guerras Civiles* se llevará siempre la palma, pero nada hay en él que iguale a la arrogante semblanza del hercúleo marqués de los Vélez D. Luis Fajardo, que se lee en el capítulo IV de la segunda parte. Bastaría esta página estupenda, que oscurece a las mejores de Guzmán y Pulgar, para poner a Ginés Pérez de Hita en primera línea entre los escritores españoles que han poseído en más alto grado el don de pintar con palabras y de dar vida perenne a las criaturas humanas cuyos hechos escriben (1).

Que os dará pesar.
De las blancas sierras
Y ríos y fuentes,
No verán sus gentes
Bien de aquestas guerras;
Menos en Granada
Se verá la zambra
En la ilustre Alhambra
Tanto deseada;
Ni a los Alijares
Hechos a lo moro,
Ni a su río de oro,
Menos a Comares.
Ni tú, don Fernando,
Verás tus banderas
Tremolar ligeras
Con glorioso bando;
Antes destrozadas,
Presas y abatidas

Quiere el triste hado
Te habrán acabado
Siéndote enemigos.
Otro rey habrá
También desdichado,
Que amenaza el hado
Como se sabrá.
Y tú, Habaquí,
Por cierto concierto
También serás muerto
¡Mezquino de ti!
El cristiano bando
Viene poderoso;
Volverá glorioso
Despojos llevando;
Y yo estoy llorando
Mi gran desventura,
Y la sepultura
Ya me está aguardando (Cap. XIV).

(1) Sin proponernos apurar aquí la extensa bibliografía de la obra de Ginés Pérez, apuntaremos sólo las ediciones más notables:

Historia de los vandos de los Zegries y Abencerrages, Caualleros moros de Granada, de las Civiles guerras que huuo en ella, y batallas particulares que huuo en la Vega entre Moros y Christianos, hasta que el Rey D. Fernando Quinto la ganó. Agora nuevamente sacado de un libro Arauigo, cuyo autor de vista fue un Moro llamado Aben-Amin, natural de Granada. Tratando desde su fundacion. Traduzido en Castellano por Gines Perez de Hita, vezino de la ciudad de Murcia. En Çaragoça. Impreso en casa de Miguel Ximeno Sanchez. M.D.LXXXXV. A costa de Angelo Tabano. 8.º 8 hojas pres. y 307 de texto.

Esta rarísima edición se halla en la Biblioteca Nacional de París, y por ella publicó varios capítulos el Sr. Acero en su curioso centón sobre Pérez de Hita, ya mencionado. Hasta ahora no se conoce otra más antigua, y el editor Angelo Tavano dice rotundamente que era libro nunca hasta ahora impresso. Cítase vagamente una de Alcalá, 1583, pero Brunet duda de su existencia.

Esta primera parte fué reimpressa en Valencia, 1597; Alcalá de Henares, 1598; Lisboa, 1598; Alcalá, 1601; Lisboa, 1603; Barcelona, 1604; Alcalá, 1604; Valencia, 1604; Málaga, 1606; París 1606 (con dedicatoria de un tal Fortan a la Marquesa de Vernoil; el mismo Fortan aclara al margen varias palabras para inteligencia de los franceses); Barcelona, 1610; Sevilla, 1613; Valencia, 1613; Lisboa, 1616; Barcelona, 1619; Alcalá, 1619; Cuenca, 1619; Valencia, 1613; Sevilla, 1625; Madrid, 1631. Suprimo todas las ediciones posteriores a esta fecha. Hay, por lo menos, doce en todo lo restante del siglo XVII, y aunque vulgares y de surtido, todas son raras, lo cual prueba el gran consumo que se hacía del libro como lectura popular. En el extranjero también servía para texto de lengua; la edición de Fortan fué reimpressa varias veces, una de ellas en 1660.

Seis ediciones, por lo menos, de la primera parte suelta salieron en el siglo XVIII. La segunda parte, como al fin de ella se declara, fué «sacada en limpio y acabada» por su autor «en 25 de noviembre de 1597» e impresa en Alcalá de Henares, por Juan Gracián, en 1604; pero de esta primera edición no se conserva (que yo sepa) ejemplar alguno, y su existencia consta sólo por los preliminares de las siguientes. Las dos más antiguas que se conocen son la de Barcelona, 1619, por Esteban Liberós, y la de Cuenca, 1619, por Domingo de la Iglesia, una

Una idealización algo semejante a la que Ginés Pérez de Hita hizo de la historia granadina, imponiéndosela al mundo entero, tenemos respecto de la primitiva historia del Perú en los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega (1), obra que participa tanto del carácter de la novela como del de la historia, y que no sólo por lo pintoresco y raro de su contenido, sino por las singulares circunstancias de la persona de su autor, excitó en alto grado la curiosidad de sus contemporáneos y ha seguido embelesando a la posteridad. Garcilaso era el primer escritor americano de raza indígena que hacía su aparición en la literatura española. Nacido en el Cuzco en 1540, no era criollo, sino mestizo, hijo de un conquistador y de una india principal descendiente de Huayna Capac, y no estaba menos ufano de su ascendencia materna que de la paterna, gustando de anteponer el regio título de Inca a su muy castizo apellido (2). Su educación había sido enteramente española y muy esmerada: desde los veinte años residió en la Península, pasando en Córdoba la mayor parte de su vida; pero por la ingenuidad del sentimiento y la extraordinaria credulidad, conservaba mucho de indio. Algo tardíamente se manifestó su vocación literaria, acaso porque en su juventud gus-

y otra con este título: *Segunda parte de las guerras civiles de Granada y de los crueles bandos entre los convertidos moros y vecinos cristianos con el levantamiento de todo el reino y última rebelión sucedida en el año de mil quinientos sesenta y ocho. Y asimismo se pone su total ruina y destierro de los moros por toda Castilla; con el fin de las granadinas guerras por el rey nuestro señor don Felipe II de este nombre, por Gines Perez, vecino de la ciudad de Murcia, dirigida al Excmo. Sr. Duque del Infantado, Mayordomo mayor del Rey Nuestro Señor Don Felipe III deste nombre.*

Fué reimpressa en Barcelona, 1631; Madrid, 1696, por Juan García Infanzón, y tres veces más en el siglo xviii, siendo la edición más conocida la que hizo en 1731 el famoso librero Padilla. Las ediciones de ambas partes juntas, hechas, en Madrid, por D. León Amarita, 1833; en París, por Baudry, 1847, y en el tomo III de Rivadeneira, están adulteradas del modo que se indica en el texto. Creo que no lo estará todavía la de Gotha, por Steudel y Keil, 1805-1811, que ocupa los tres primeros tomos de la *Bibliotheca Española* de aquellos editores.

De la primera parte existen traducciones y arreglos en varios idiomas. En francés hay dos por lo menos: una de autor anónimo, con el título de *Histoire des guerres civiles de Grénade* (París, 1608), y otra de A. M. Sané, con el de *Histoire chevaleresque des Maures de Grénade* (1809). Esto sin contar con las imitaciones, de las cuales ya hemos mencionado algunas, y todavía pueden añadirse la *Histoire des guerres civiles de Grénade* de Mademoiselle de la Roche Guilhen (París, 1683), y la *Histoire de la conquête de Grénade*, de Mad. Gómez.

En lengua alemana fué traducida por Carlos Augusto Spalding (*Geschichte der Bürgerlichen Kriege in Granada*, Berlín, 1821). En inglés, por Tomás Rodd (*Las Guerras Civiles, and the history of the factions of the Zegries and Abencerrages, to the final conquest by Ferdinand and Isabella*. Londres, 1801).

(1) *Primera parte de los Comentarios reales que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú; de su idolatría, leyes y gobierno en paz y en guerra, de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fué aquel imperio y su República antes que los españoles pasaran a él. Escritos por el Inca Garcilaso de la Vega, natural del Cuzco...* Lisboa, Pedro Crasbeck, 1609.—Reimpreso en Madrid, 1723.

(2) «El hijo tercero de Alonso Hinestrosa de Vargas y de D.^a Blanca de Sotomayor fué Garcilaso de la Vega, mi señor y padre. El qual empleó treinta años de su vida hasta que se le acabó en ayudar a conquistar y poblar el Nuevo Mundo, principalmente los grandes reynos y provincias del Peru, donde con la palabra y el exemplo enseñó y doctrinó a aquellos gentiles nuestra santa Fee catholica, y aumentó y magnificó la corona de España, tan larga, rica y poderosamente que por sólo aquel imperio que entre otros posee, le teme hoy todo lo restante del mundo. Huvome en una india llamada doña Isabel Chimpu Oello: son dos nombres, el cristiano y el gentil. porque las indias e indios en comun, principalmente los de la sangre real, han hecho costumbre de tomar por sobrenombre, después del bautismo, el nombre propio o apelativo que antes de él tenían. Y estales muy bien por la representación y memoria de los nombres y sobrenombres reales que en sus magestades antiguas solfan tener. Doña Isabel Chimpu Oello fue hija de Hualipa Tupac Inca, hijo legitimo de Inca Yupanqui y de la Coya Mama Oello, su legitima muger, y hermano de Huayna Capac Inca, ultimo rey que fue en aquel imperio llamado Peru».

Así Garcilaso, en su *Genealogía de Garci Perez de Vargas*, escrita en Granada a 5 de mayo de 1596 (apud Gayangos, notas a Ticknor, III, p. 555).

taba más, como él dice, «de arcabuces y de criar y hacer caballos que de escribir libros»; pero sus dotes de excelente prosista campean ya en la valiente versión que en 1590 publicó de los célebres *Didlogos de Amor* de León Hebreo, mejorando en gran manera la forma desaliñada del texto italiano, que es traducción al parecer, de un original español perdido. Pero la celebridad de Garcilaso, como uno de los más amenos y floridos narradores que en nuestra lengua pueden encontrarse, se funda en sus obras historiales, que mejor calificadas estarían (sobre todo la segunda) de historias anoveladas, por la gran mezcla de ficción que contienen: «*La Florida del Inca o Historia del Adelantado Hernando de Soto*»; los «*Comentarios Reales que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú; de su idolatría, leyes y gobierno en paz y en guerra, de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fué aquel Imperio y su República antes que los españoles pasaran a él*»; la «*Historia general del Perú, que trata el descubrimiento de él y cómo lo ganaron los españoles; las guerras civiles que hubo entre Pizarros y Almagros sobre la partija de la tierra; castigo y levantamiento de los tyranos, y otros sucesos particulares*».

La autoridad histórica del Inca Garcilaso ha decaído mucho entre los críticos modernos, y son muy pocos los americanistas que se atreven a hacer caudal de ella. Aun en las cosas de la conquista y de las guerras civiles es cronista poco abonado, porque salió muy joven de su tierra, y escribió, no a raíz de los sucesos, sino entrado ya el siglo xvii, dejándose guiar de vagos recuerdos, de relaciones interesadas, de anécdotas soldadescas y de un desenfrenado amor a todo lo extraordinario y maravilloso. Pero donde suelta las riendas a su exuberante fantasía es en los *Comentarios Reales*, libro el más genuinamente americano que en tiempo alguno se ha escrito, y quizá el único en que verdaderamente ha quedado un reflejo del alma de las razas vencidas. Prescott ha dicho con razón que los escritos de Garcilaso son una emanación del espíritu indio: «*an emanation from the indian mind*». Pero esto ha de entenderse con su cuenta y razón, o más bien ha de completarse advirtiendo que aunque la sangre de su madre, que era prima de Atahualpa, hirviese tan alborotadamente en sus venas, él al fin no era indio de raza pura, y era además neófito cristiano y hombre de cultura clásica, por lo cual las tradiciones indígenas y los cuentos de su madre tenían que experimentar una rara transformación al pasar por su mente semibárbara, semieducada. Así se formó en el espíritu de Garcilaso lo que pudiéramos llamar la novela peruana o la leyenda incásica, que ciertamente otros habían comenzado a inventar, pero que sólo de sus manos recibió forma definitiva, logrando engañar a la posteridad, por lo mismo que había empezado engañándose a sí mismo, poniendo en el libro toda su alma crédula y supersticiosa. Los *Comentarios Reales* no son texto histórico, son una novela tan utópica como la de Tomás Moro, como la *Ciudad del Sol* de Campanella, como la *Océana* de Harrington; pero no nacida de una abstracción filosófica, sino de tradiciones oscuras que indeleblemente se grabaron en una imaginación rica, pero siempre infantil. Allí germinó el sueño de un imperio patriarcal y regido con riendas de seda, de un siglo de oro gobernado por una especie de teocracia filosófica. Garcilaso hizo aceptar estos sueños por el mismo tono de candor con que los narraba, y la sinceridad, a lo menos relativa, con que los creía, y a él somos deudores de aquella ilusión filantrópica que en el siglo xviii dictaba a Voltaire su *Alzira* y a Montemontel su fastidiosísima novela de *Los Incas*, y que en el canto triunfal de Olmedo en honra de Bolívar evocaba tan inoportunamente, en medio del campo de Junín, la sombra Huayna Capac, para felicitar a los descendientes de los que ahorcaron a Atahualpa. Para lograr tan persistente efecto se necesita una fuerza de imaginación muy superior a la vulgar, y es cierto que el Inca Garcilaso la tenía tan poderosa cuanto deficiente era su

sentido crítico. Como prosista es el mayor nombre de la literatura americana colonial; él y Alarcón, los dos verdaderos clásicos nuestros nacidos en América.

Trabajo cuesta descender de la apacible lección de tales maestros de nuestra prosa narrativa como fueron Ginés Pérez de Hita y el Inca Garcilaso al torpe y grosero material de fábulas con que escritores sin ciencia ni conciencia, sin arte ni estilo, de los cuales ya hemos visto un *specimen* en Miguel de Luna, afearon los anales eclesiásticos y civiles de España abriendo tristísimo paréntesis entre la era clásica de los Zuritas y Morales y la era crítica de los Mondéjares y Antonios, que tantos monstruos tuvieron que exterminar en el campo de nuestra historia, dejando aun así reservado para el P. Flórez el lauro mayor y lo más arduo y peligroso de la empresa. La literatura seudo-histórica del siglo XVII, que por otra parte ha tenido ya magistral y ameno cronista (1), no nos incumbe en su mayor parte, tanto porque traspasa el límite cronológico que en este trabajo nos hemos impuesto, cuanto por la falta de imaginación y de sentido literario que sus autores mostraron, y aun por la lengua en que comúnmente escribían. Ni los plomos granadinos, ni los falsos cronicones de Dextro, Marco Máximo, Luitprando y Julián Pérez, abortos del cerebro delirante del P. Román de la Higuera; ni los de Hauberto Hispalense y Walabonso Merío, compilaciones todavía más degeneradas de Lupián Zapata; ni el cronicón gallego de D. Servando, supuesto confesor de los reyes D. Rodrigo y D. Pelayo; ni otros escritos apócrifos menos divulgados, tienen nada que ver con la historia de la novela, aunque sea ficción casi todo lo que en ellos se contiene. Pero son ficciones descaradas e impudentes, nacidas al calor de un falso celo religioso, de un extraviado sentimiento de patriotismo local, de una estúpida vanidad genealógica o de torpes móviles de lucro y codicia, no de un propósito de amenidad y recreación sin pecado, como el que había dado vida a las lozanísimas páginas del moro Aben Hamín, historiador no menos fidedigno que el propio Cide Hamete Benengeli. Estos inocentes juegos de la fantasía poética son cosa bien diversa de aquella aberración mental y moral que llenó de santos falsos o trasladados caprichosamente de Grecia y Asia los fastos de nuestras iglesias, corrompió nuestros episcopologios, profanó con insulas fábulas los libros de rezo y llevó su audacia hasta adulterar feamente antiguos códices e inscripciones venerables.

Pero existen otras ficciones, un poco más antiguas, en que es menor la dosis de malicia y mucho mayor la intervención del elemento novelesco. Dos obras hay, por lo menos, anteriores a la publicación de la primera parte del *Quijote*, que es imposible omitir en una historia de la novela, a pesar de las pretensiones históricas que afectan. Una de ellas es la *Centuria o Historia de los famosos hechos del Gran Conde de Barcelona Don Bernardo Barcino, y de Don Zinofre su hijo y otros caballeros de la Provincia de Cataluña* (Barcelona, 1600); obra disparatadísima del franciscano Fr. Esteban Barellas, el cual tuvo la avilantez de dedicarla como verdadera historia nada menos que a la Diputación General del Principado. En el prólogo invoca, según costumbre de todos los falsarios, el testimonio de un autor inédito, que aquí por caso singular es un judío: «Vino a mis manos, Illustrísimos señores, el año de mil y quinientos setenta y seys, harto estragado y rompido, lo que trabajó el Rabino Capdevila, hijo de padres nativos christianos naturales del lugar Duas ayguas, morador en la villa de Momblanc. Prohijó al dicho Capdevila el Rabino Ruben Hiscar, christiano falto de padres, y por la comun calamidad mora, le llevó consigo en la retirada a los montes, como los demas christianos, donde fue enseñado por

(1) Vid. *Historia crítica de los falsos cronicones*, por don José Godoy Alcántara, Madrid, 1868.

el Hiscar en las letras divinas y humanas. Assistió el Capdevila, a lo que se vee, en las mayores jornadas, sin las que le vinieron a noticia, escribiendo en varias letras y lenguas». Refiere luego que en la Academia Complutense, o sea en la Universidad de Alcalá, donde acabó sus estudios, le había servido de intérprete para el Capdevila el Dr. Hernando Díaz, Catedrático de Lengua Hebrea y Profesor de Medicina. Preceden al libro unas tablas cronológicas en toda forma y varios apuntamientos de simulada erudición geográfica e histórica para deslumbrar a los incautos (1).

El libro es tal que quizá no se encuentre otro más absurdo en toda la dilatada serie de los libros de caballerías, a cuyo género pertenece indisputablemente. No sin razón le comparó el Marqués de Mondéjar con el *El Caballero del Febo* o con las obras de Feliciano de Silva. Si se exceptúan los nombres topográficos y los apellidos, derramados como a granel, todo es pura patraña en la *Centuria* de Barellas, comenzando por los dos imaginarios héroes D. Barcino y D. Zinofre. Ni siquiera acertó el mísero autor a incorporar en su obra los episodios y rasgos poéticos y tradicionales con que le brindaban las antiguas crónicas catalanas, y que aun no teniendo certidumbre histórica habían podido arraigar ya en la mente popular. Pero algo aprovechó de ellas, aunque con torpeza. En las *Historias y Conquistas* de Mosén Pere Tomich, crédulo compilador del siglo XV, encontró el germen de la fábula heroica de Otger Cathalon y los nueve Barones de la fama, supuestos héroes de la restauración pirenaica, y la historia no menos apócrifa del monasterio de Grassa, atribuida a Filomena, secretario de Carlomagno. Las juveniles aventuras de Vifredo el Velloso (a quien Barellas da el extravagante dictado de *D. Zinofre 2.º Peloso o Astrodoro*), su estancia en la corte del Conde de Flandes y la venganza que tomó del usurpador Salomón eran invenciones añejas, que ya en el siglo XIII fueron escritas en el *Gesta Comitum*, y a las cuales el Dr. Pujades había dado en su *Crónica de Cataluña* más amplio desarrollo. Finalmente, la historia del dragón vencido por D. Zinofre Barcino, que tanta parte ocupa en la *Centuria*, además de ser un lugar común del género caballeresco (la sierpe de Baldoín en la *Gran Conquista de Ultramar*, el endriago de *Amadís*), es tradición antiquísima localizada en varios puntos del Principado Catalán, y que ha dejado rastros en representaciones artísticas, en fiestas populares y en la leyenda muy interesante de la espada de Vilardell (2).

Por desgracia es muy poco lo que hay de tradicional en el libro del P. Barellas, y aun esto se halla torpemente desfigurado y revuelto con mil invenciones ineptas; la reina Delphina y sus amazonas, la fuente del Salvaje, la pesadísima descripción del templo de Venus y de las artes mágicas que en él se practicaban; todo ello en un castellano poco menos que bárbaro, y con tal carencia de sentido poético e histórico, que apenas se hallará libro más fastidioso ni peor escrito en toda la enorme biblioteca caballeresca.

Así como los Condes soberanos de Barcelona tuvieron en Barellas indigno y fabuloso cronista, así le tuvo la antigua y nobilísima ciudad de Avila en el P. Luis Ariz,

(1) *Centuria o Historia de los famosos hechos del Gran Conde de Barcelona don Bernardo Barcino, y de don Zinofre su hijo, y otros Cavalleros de la Prouincia de Cathaluña. Sacada a luz por el Reverendo Padre Fray Estevan Barellas, predicador de la Orden del Seraphico Padre san Francisco de la misma Prouincia. Dirigida al illustre Senado de los Señores Diputados de Cathaluña... En Barcelona en casa Sebastian de Cormellas. Año M.D.C. (1600). Fol.*

Torres Amat, en sus *Memorias para un diccionario de escritores catalanes* (p. 94), dice, pero no es muy verosímil, que la palabra catalana *barrellada*, en significación de fábulas o disparates, está tomada del apellido de este falso historiador Barellas. Esa voz debe de ser mucho más antigua, y tiene etimología bien obvia. Ni Barellas (o Barrellas, como T. Amat escribe) fué nunca escritor de tal notoriedad que de su apellido pudieran formarse derivados.

(2) Vid. Milá y Fontanals, *Obras completas*, tomo VI (Barcelona, 1895, pp. 84-86).

de la Orden de San Benito, que en 1607 imprimió la que llamaba *Historia de sus Grandezas* (1), obra monstruosa, que en sus dos primeras partes puede competir con el más estupendo de los libros de caballerías. Desde la portada ofrece poner en claro «qual de los quarenta y tres Hercules fue el Mayor, y como siendo Rey de España tuvo amores con una Africana, en quien tuvo un hijo que fundó a Avila». No hay que decir sale triunfante de su empeño, pero no por el trillado camino de Beroso y Anio Viterbiense, que siguen otros historiadores de pueblos, sino exhibiendo entera y verdadera una crónica novelesca de Avila que alcanza desde los tiempos de Hércules hasta los del Emperador Alfonso VII, escrita en una *fabla* que quiere ser antigua. Este raro documento, que contiene pormenores interesantes y tradiciones que alguna vez parecen de origen épico, lleva por título *Leyenda de la muy noble, leal e antigua Ciudad de Avila, pendolada por Hernán de Illanes, hijo de Millán de Illanes, uno de los primeros pobladores de Avila, en la última recuperación por el señor Rey don Alfonso sexto, año 1073. La qual se sacó del original por mandado del Alcalde Fernán Blázquez, año 1315*. Pero como sin duda Hernán de Illanes pareció personaje demasiado oscuro para autorizar tal leyenda, dióse por primer autor de ella al Obispo de Oviedo D. Pelayo, a quien su bien ganada fama de escritor *fabuloso* e interpolador de antiguos cronicones hacía digno patrono de tal engendro, donde se contienen, por cierto, cosas muy posteriores al año 1153, en que aquel prelado pasó de esta vida. En su boca se pone la narración como dirigida en Arévalo a los primeros pobladores de Avila el año 1087. No falta, por supuesto, la cita de un fantástico historiador griego en apoyo de los delirios sobre Hércules y la africana, y su hijo el barragán Alcideo, que *mamantó siete años*, y a quien se atribuye la fundación de las murallas de Avila: «Todo lo que vos he hablado, mis buenos amigos e parientes,

(1) *Historia de las Grandezas de la Ciudad de Avila. Por el Padre Fray Luy Ariz. Monge Benito, Dirigida a la Ciudad de Avila, y sus dos Cuadrillas. En la Primera Parte trata qual de los quarenta y tres Hercules fue el mayor, y cómo siendo Rey de España tuvo amores con una Africana, en quien tuvo un hijo, que fundó a Avila. Tratase qué naciones la poseyeron, hasta que la conuirtió el glorioso san Segundo, compañero de los seys obispos que embiaron san Pedro y san Pablo dende Roma, y adónde estan los seys. Prosigue el Autor los demas obispos que ha tenido Avila, y los cuerpos santos que tiene, y cómo fue hallado san Segundo, y su traslacion, con las fundaciones de sus Iglesias. Con preuilegio. En Alcalá de Henares, Por Luys Martínez Grande. Año de 1607.* Además del frontis, tiene una portada grabada, que representa, a estilo de libros de caballerías, los principales episodios de la historia de Avila.

Segunda Parte de las Grandezas de Avila. Prosigue el Autor las vezes que fue perdida y ganada, hasta el año 992. Su poblacion por el Conde don Ramon. Quiénes y de dónde fueron los pobladores. Qué calidades han de tener los caualleros, y la estimacion de la honrra, y cómo pende dellos el bien de la Republica. Cómo fue defendido en Avila el Emperador don Alonso Ramon contra su Padrastro el Rey de Aragon. La respuesta que Avila le imbió, y cómo vino contra ella, y mató los infantes que le dieron en rehenes. Cómo fue nombrado Blasco Ximeno para reptarle, y la muerte alevosa que le dieron, y la sentencia sobre si pudo ser reptado el Rey. Cómo fueron los Adalides de Avila a defender a Toledo, en la muerte del Rey don Alonso 6.º contra los Moros que auian alçado por Rey a Iezmin, y Aya de Talauera, con quien auia de ser casada Aja Galiana, mujer de Naluillos Blázquez, Prima hermana de Santa Casilda y del infante Petran. Por cuya conuersion y Bautismo entró por Castilla el Infante contra el Rey don Fernando I. Y cómo el infante fue Bautizado, por mano de la Reyna de los Angeles, y fue fundador del Real Monasterio de nuestra Señora de Sopetran. Cómo Ximena Blázquez, Tia de Naluillos Blázquez, en ausencia de su marido el Alcayde, Hernán Lopez Trillo, y de los Adalides y gente de guerra de Avila, defendió la Ciudad con sus hijas y nueras, vistiéndose de hombres, contra el poder del Rey Abdalla Alhaçen. Continuase la historia en el lenguaje Antigo que la escriuió y conto el obispo don Pelayo de Obiedo, a los que yban a poblar a Avila, en Arévalo. El año mil y ochenta y siete.

Copio íntegras estas pesadísimas portadas, porque bastan para dar idea de la insensatez de la obra. Las partes tercera y cuarta son más propiamente históricas, y, como otros muchos libros de su clase, contienen noticias curiosas y útiles.

Las cuatro partes están reunidas en un volumen en folio, pero cada una de ellas tiene paginación diversa.

del noble Hercules, pendola Nestorino Griego en su leyenda». Este ridículo verbo *pendolar*, juntamente con el de *otear*, torcido de su verdadera significación, reaparece fastidiosamente en cada párrafo de esta rapsodia, probando los menguados recursos de su inventor y lo poco que se le alcanzaba de lenguaje antiguo. «Dice más el obispo de Oviedo, que estando ellos en Arevalo, con los pobladores que venian a Avila a su segunda poblacion, e aviendo *oteado* bien esta leyenda de Nestorino que la *pendola*, e es bien antigua, me dio codicia (aquí no se sabe si habla el Obispo o Hernán de Illanes) de *otear* si otro *pendolador* oviese que lo tal *pendolase*, e fallé en la leyenda que *pendoló* Guido Turonense de *Urbibus*, ca este tal *pendoló* bien cien años antes yo Pelayo obispo de Oviedo naciese, e asi *pendóló*...»

Esto baste en cuanto al estilo de la leyenda atribuida a D. Pelayo, que no puede ser más anacrónico y ridículo. Pero el contenido no es tan necio como el estilo ni con mucho. Un buen ingenio podría sacar partido de los informes materiales que esta ruda patraña ofrece, y que acaso tiene origen más noble y antiguo de lo que suponemos. Todo lo que se refiere a las hazañas de Ximén Blázquez, Sancho Zurraquines y demás pobladores de Avila; el fabuloso cerco puesto a la ciudad por D. Alfonso el Batallador y el hecho bárbaro que se le atribuye de haber mandado freir en calderas a los avileses que tenía en rehenes; el reto de Blasco Ximeno al rey de Aragón, que recuerda el de D. Diego Ordóñez a los zamoranos; la muerte alevosa dada al campeón del concejo; el arbitraje de Burdeos, que pone fin a la discordia entre castellanos y aragoneses; la defensa de Toledo por los adalides de Avila contra el rey moro Jazimin; los amores de la infanta Aja Galiana con el gobernador de Avila Naluillos Blázquez; la animada descripción de los desposorios de Sancho de Estrada y Urraca Flores, conservan bastante carácter de poesía heroico-popular, y algunos de ellos parecen superiores a lo que podía dar de sí el pobre y malaventurado falsificador que redactó esta escritura en la forma en que hoy la leemos. Lo que parece increíble es que un libro semejante haya podido extraviar el juicio de historiadores serios, aunque algo crédulos, como Sandoval y Colmenares, repitiéndose hasta nuestros días el absurdo y calumnioso cuento de las *servencias*, que todavía tuvo que impugnar en una larga memoria D. Vicente de la Fuente. Y todavía causa mayor sorpresa que el erudito y severo autor de las memorias de los arquitectos españoles, D. Eugenio Laguno, diese entrada en el catálogo de nuestros primitivos artífices (si bien con algún recelo) a los fabulosos maestros Casandro Romano y Florín de Pituenga, cuya existencia no tiene más apoyo que el dicho de esta falsa crónica abulense. ¡Tal es la virtud prolífica y funesta que tienen el error y la mentira; por donde incurrén en no leve responsabilidad los que a sabiendas, y aunque sólo fuere por alarde de ingenio, siembran tan pestífera cizaña en el campo de la historia! (1).

La de Avila venía falsificándose desde muy antiguo. El P. Ariz no fué autor, sino editor, y a veces interpolador de la extraña y curiosa novela, escudada con el nombre del Obispo D. Pelayo. En sendos manuscritos de la Biblioteca Nacional y de la Academia de la Historia, que pertenecieron a cierto regidor de Avila llamado D. Luis Pacheco, se halla un texto de esta leyenda, más completo que el publicado por Ariz. Su encabezamiento es como sigue: «Aquí se face rrevelacion de la primera fundacion de la ciudad de Avila e de los nobles varones que la vinieron a poblar, e cómo vino a ella el santo ome Segundo».

(1) Todavía el Sr. D. Juan Martín Carramolino, en su *Historia de Avila* en tres volúmenes, impresa en 1873, prohija muchas de las fábulas del P. Ariz, por lo cual su obra ha de ser *caute* leyenda.